

LA PERSONALIDAD DE MONTAIGNE

LA titulación de estas páginas puede conducir a error, ya que no pretendemos, en tan corto espacio, dejarlo todo dicho sobre la personalidad de Montaigne, sino aclarar un poco un panorama que permanece confuso a pesar de que han intentado abordar la figura de este pensador a través de sus "Ensayos", un número ingente de estudiosos. Por muchos de ellos podemos constatar, por ejemplo, la influencia que ejerció sobre Pascal, sobre los moralistas e, incluso, sobre figuras de la talla de Shakespeare. Pero lo curioso en torno a esta crítica abrumadora es que lo mismo encontramos estudios en los que se simplifica que, por el contrario, otros en donde aparece como extremadamente complicado, razón de más para seguir preguntándonos quién fue Montaigne y justificación, también, de nuestro trabajo.

De entre los muchos que intentaremos analizar, hay un aspecto en el que Montaigne permaneció prácticamente invariable: jamás se confesó ateo; ni incluso fue anticristiano, en contra de la opinión más generalizada, y desconocedora, existente hasta hoy. ¿Hasta qué punto fue cristiano y hasta dónde creyó? Es difícil establecerlo porque, como más adelante veremos, la forma que dio a Dios es algo que también permanece en la vaguedad. Lo venera y piensa en El con respeto, pero, ¿piensa realmente mucho? En este punto es, a nuestro entender, en donde radica el enigma, puesto que no puede aislarlo de este mundo, pero, sin embargo, le interesa sobremanera este mundo, le atrae, estimula su curiosidad.

Por los contactos con el universo que creó, Montaigne no sabría re-



conocer a Dios más que la majestad más excelsa. Diríamos incluso que esta excelsa majestad le basta y que no le pide otra manifestación de su omnipotencia. Montaigne no se priva de confesar, así, que es cristiano o, al menos, que no es arreligioso. Pero no tiene nada de devoto; es, incluso, uno de los raros hombres de letras de su tiempo que no fue hombre de Iglesia. Montaigne, católico de nacimiento, educado religiosamente, no tenía ningún deseo, ninguna razón, para discutir problemas a los que no podía juzgar por sí mismo. Le gustaba reflexionar, según su experiencia, sobre las cosas que le interesaban, y lo que le interesaba era el hombre, no Dios.

Pero, en la religión, hay algo más. Está, además, la moral. La metafísica es una cosa y las costumbres otra muy distinta. Fueron las costumbres, y no la metafísica, las que inquietaron a Montaigne, y es en este aspecto en el que se muestra no precisamente escéptico, sino especialmente sumiso a lo relativo.

El estudio objetivo de las costumbres desarrolló en él una sorda y sombría anarquía escondida bajo su eterna sonrisa; anarquía que cala hasta en Pascal y que fue la que, quizás, le empujó a volver a ser tan prodigiosamente creyente porque, sin la fe, todo hubiera huido irremisiblemente bajo sus pies.

Montaigne fue, ante todo, un humanista y, como tal, se mantuvo sin descanso como admirador de la antigüedad. Si hubiese conocido la filosofía, la moral china, hindú o egipcia, quizás hubiese sacado otras enseñanzas, otros ejemplos distintos a los que nos ha dado y su escepticismo hubiese sido, a nuestro entender, aún más anárquico. Pero solamente el mundo grecolatino habitaba su biblioteca o, como a él le gustaba decir, su "librairie". En realidad, con lo que más gozaba era con los filósofos y héroes clásicos; apreciaba en ellos lo que tenían de humano y temperado.

No se ha escrito lo suficiente del gusto de Montaigne por los héroes. Por el contrario, se ha insistido mucho sobre su inclinación por el hombre de bien, y no ha faltado razón. No hay que olvidar que el mundo clásico tenía como fin formar individualidades, es decir, organizar una enseñanza de la vida. Se era hombre en todos los actos de la existencia, tanto en la guerra como en los deberes prestados a la Patria, en las relaciones con los demás o en la paz. Se era también en la espera, en el abandono, en la pereza misma. En nuestros tiempos, tan propensos a lo contrario, se insiste con hostilidad sobre esta indolencia que no lleva más que al esfuerzo inútil, a la tensión del espíritu, y, por qué no decirlo, al melodrama.



Los epicúreos y los estoicos no son, en el fondo, más que una secta, honrando a los mismos dioses. Montaigne, con su parte auténtica de cristiano, era sobre todo epicúreo y estoico. Creemos sinceramente, que es suficiente para crear los deberes y reglas de vida necesarios a un escéptico y, a la vez, a un indolente.

Si exageró la tolerancia hasta el punto de pasar por un indiferente fue —es nuestra creencia— por el horror que le producía el fanatismo de sus contemporáneos.

En cada una de las páginas de los "Ensayos", se cobija tras una cita. El mundo clásico está siempre tras él. Se liga, de esta forma, a los más hermosos ejemplos de valentía y de meditación, pero también se liga, con un placer semejante, a las curiosidades y a las herejías de toda especie. Sabe que no existe razonamiento completamente justo, juicio absolutamente certero, y no se indigna por ello, sino que lo encuentra incluso divertido.

Viene a propósito ahora hacer notar que rara vez cita Montaigne la Biblia. Se ha insistido mucho sobre el hecho de que era judío por su madre y que Israel era algo que le apasionaba. Yo creo que si Montaigne hubiese sido tan proisraelita como se le ha querido hacer pasar, hubiese mostrado bastante menos indiferencia por las Sagradas escrituras y las citas sobre Job o Jeremías aparecerían en sus textos con más frecuencia, en detrimento de Cicerón o Séneca.

Y ya que nos hemos referido a Cicerón y Séneca, digamos que con una lengua variada, cándida y maliciosa, inmediata y culta, ¡qué buen efecto causan los giros griegos y latinos que entremezcla en su prosa, como si quisiera iluminarla o, incluso, garantizarla de los ultrajes del tiempo! Sin embargo, hay en Montaigne un fenómeno nuevo que le valió cientos de discípulos: que juzgó interesante describirse a sí mismo. Es el primer escritor que encontró interesante presentarse a los demás no como ejemplo, sino como objeto de estudio. ¿Por qué no? La Anatomía, como objeto de estudio, acababa de nacer. El hombre, cansado ya de los dioses, se volvía hacia su imagen. Griegos y latinos, a los que tanto quería Montaigne, no se mostraban más que bajo su aspecto oficial, como ejemplos a imitar, como personajes que posaban ante Plutarco, antes incluso de adivinar que existiría Plutarco. Diríase que estos seres no tenían vida íntima, "arrière-boutique", que nos diría Montaigne. Nos hablan desde lo alto, sin permitir que nos acerquemos. Primera irregularidad de Montaigne: está a nuestro nivel e incluso, tras la lectura del diario de Amiel o el de Gide, nos atreveríamos a decir que ningún escritor ha estado tan a nuestro nivel.



Montaigne es, en parte, un hombre del siglo XIX o del XX incluso. Estamos acostumbrados a que nos coloquen prácticamente uno al lado de otro, a Montaigne y a Rabelais. Se les reúne bajo el término general de Renacimiento. Pero Rabelais, hombre del Renacimiento, es, sobre todo, el último representante de la Edad Media y Montaigne, hombre del Renacimiento, es el primer representante de los tiempos modernos y, en particular, de aquellos que formaron el núcleo del último tercio del siglo XIX.

El Renacimiento no tuvo una corriente ideológica en una sola dirección, como pudo haberla en el siglo de Luis XIV, o con los enciclopedistas. Fue una vía recorrida por las más diversas ideas, por los destinos más disparatados e, incluso, por las imaginaciones más aventureras. En el cruce de todas estas vías, es fácil representar a este hombre cauto y reflexivo, a este girondino prudente, quizás ambiguo, como todos los hombres demasiado inteligentes, débil por momentos, y sin conocer la vanidad; uno de los primeros hombres que amaron la vida por ella misma, sin creer mucho en ella, sin creer en una esperanza ilimitada, sino, simplemente, porque es la vida; tan lejos como le fue posible de todo misticismo, religioso o político, o de alguno de los mitos de entonces; el último individuo, en fin, en dejarse engañar con palabras o subyugar con actitudes.

No olvidemos, sin embargo, que el siglo XVI fue tan vasto y tan complejo, que todos los juicios que hagamos sobre él llevarán consigo una parte del hombre que lo juzga. Personalmente no creo que podamos ver en este siglo XVI una anticipación del XIX, salvo en lo que concierne a Montaigne. Pero si nos situamos en un punto de vista psicológico o moral, está más cerca de nosotros que, por ejemplo, el XVIII, del que tan cerca nos creemos, sobre todo porque a él debemos formas políticas y religiosas que tanto aseguraron su supervivencia.

No hay una noción preestablecida que Montaigne no haya discutido. No para destruirla, como muchas veces se ha dicho, sino para mostrar sus intenciones reales y los desarrollos posibles. Es, ante todo, y en ello radica su fuerza, el *dialéctico* de la relatividad. No dice que no es preciso ser patriota, pero indica en qué condiciones de moral particular puede desarrollarse la idea de la Patria. No dice que la idea de la familia sea la mejor de todas, pero explica cómo hay circunstancias en las que esta forma de unión humana pierde su poder. Es, esencialmente, un *destructor de mitos*. Con él es indiferente que seamos lo que somos, de lo que se trata es de saber *por qué* lo somos. En ello radica el ser inteligente, en ello consiste la



inteligencia. No admite "a priori" que haya cosas que son verdaderas y otras que no lo son.

Si Montaigne ha tenido menos discípulos de los que hubiera cabido esperar, no es sino porque, en donde puede, combate esa especie de ceguera del espíritu de observación que con frecuencia aparece en todas las formas de fanatismo, convicción... Admite el derecho que tenemos a escoger tal o cual creencia, pero nos niega el de tener razón únicamente por el hecho de haber escogido tal creencia que creemos verdadera, precisamente por haberla escogido. No podemos negar que es una postura de sentido común, sin embargo yo diría que es, más bien, el poder de dominar o, mejor, de sobrevolar todas las teorías a la vez.

Servirse de esta tolerancia como arma envenenada, sería como admitir que el escepticismo es una negación de todas las expresiones morales del hombre, en lugar de quedarse en una discusión tranquila y cortés sobre la prudencia o sinrazón que existe al respetar tal posición metafísica o intelectual.

Lo realmente interesante de lo que Montaigne dice es que, al mismo tiempo que lo dice, describe al hombre que lo dice. Por ejemplo, al leer las afirmaciones de Calvino o de San Francisco de Sales, no es que las vayamos a poner en duda, sino que, en realidad, no sabemos nada de ellos. Pero cuando Montaigne habla, lo vemos. Sabemos que le aqueja un "choliqne", "libraire" que es a la vez gentilhomme y campesino, que fue alcalde de Burdeos y que mostró con frecuencia una gran fortaleza de espíritu. Se le ha reprochado su actitud de magistrado durante una epidemia de peste; su ausencia de Burdeos fue involuntaria y, si incluso no fue así, ¿por qué juzgamos esta ausencia como un acto de hoy? ¿Qué representaba entonces una epidemia a los ojos de gentes acostumbradas a tantas catástrofes de este tipo?

A Montaigne le conocemos como a pocos hombres del pasado se puede conocer. Por ejemplo, como a Sócrates. Pero el conocimiento que tenemos de Sócrates posee mucho de leyenda e imaginación de Platón. Como a Rousseau, pero también sabemos que Rousseau mintió con frecuencia u olvidó la verdad en muchas circunstancias. Como a Amiel, pero Amiel jamás vio claro su entorno. Quizás no sea demasiado el afirmar que Montaigne es el único escritor que se puede conocer perfectamente. Ahora bien, si es el hombre que mejor se puede conocer en el comportamiento normal y cotidiano de su vida, sin embargo, sabemos muy pocas cosas sobre sus pasiones. No deja de ser chocante, sobre todo si continuamos con el hábito de



considerar que únicamente las pasiones revelan al hombre, como nos indican Rousseau y Richardson.

No podemos creer que la violencia de los instintos habitara en Montaigne, como ocurría en Rabelais o como en Ronsard y Shakespeare el amor por el amor. Se casó, por razones más que por pasiones, con Françoise de La Chassaigne y no parece que hiciera ni un muy bueno ni un muy mal matrimonio. De ahí que hable con poco entusiasmo del amor en el matrimonio. No nos oculta haber probado la voluptuosidad, pero sin hacer de ella un elemento esencial de su existencia. Todo lo que de él sabemos, le muestra más apto para la amistad que para cualquier otra forma de sentimiento. Al menos es de lo que mejor nos ha hablado.

Si creemos los "Ensayos", al menos en su espíritu, porque a la hora de los detalles éstos son flojos, la gran felicidad de la vida de Montaigne fue el encuentro con Erienne de la Boétie, muchacho que poseía, como él, el gusto de moralizar, y su mayor desgracia —a pesar de haber perdido cuatro de sus cinco hijos— la muerte de este amigo.

Montaigne no era un sentimental, en el sentido que hoy damos a esta palabra, pero la conmoción sufrida por esta separación, se siente en toda su obra. La preocupación por la muerte le lleva a escribir grandes y crueles frases, como las de Shakespeare, a propósito del mismo drama :

"Un souci extrême tient l'homme d'allonger son estre; il y a pourvu par toutes ses pièces. Et pour la conservation du corps sont les sépultures; pour la conservation du nom, la Gloire."

Algunas de las frases sobre la amistad son realmente antológicas :

"Au demeurant, ce que nous appelons ordinairement amy et amitiés, ce ne sont qu'accointances et familiarités, nouées par quelque occasion ou commodité, par le moyen de laquelle nos âmes s'entretiennent. En l'amitié, de quoy je parle, elles se meslent et se confondent l'une en l'autre, d'un mélange universel, qu'elles effacent et ne retrouvent plus la couture qui les a jointes. Si on me presse de dire pourquoi je l'aymois, je sens que cela ne se peut exprimer: il y a ce semble au delà de tout mon discours, et de ce que j'en puis dire, ne sçay quelle force divine et fatale médiatrice de cette union. Ce n'est pas une par-



ticulière considération, ni deux ni trois, ni quatre, ni mille : c'est' je ne sais quelle quinte essence de tout ce mélange, qui ayant saisi toute ma volonté, l'amena se perdre et se plonger dans la mienne."

Al leer la "Apología de Raymond Sebond", concluimos que las ideas de Montaigne sobre la religión no se parecen en nada a esa malevolencia socarrona que se quiere ver en él y que se le atribuye como única actitud. Sus ideas se pueden resumir quizá en las frases siguientes sobre la fe :

"Si elle n'entre chez nous par une infusion extraordinaire, si elle y entre non seulement par discours mais encore par moyens humains elle n'y est pas en sa dignité ni en sa splendeur. Et certes je crains pourtant que nous ne la jussions que par cette voie. Si nous tenons à Dieu par l'entremise d'une foie vive; si nous tenons à Dieu par Lui, non par nous, si nous avons un pied et un fondement divins, les occasions humaines n'auraient pas le pouvoir de nous ébranler, comme elles ont; notre fort ne serait pas pour se rendre à une si faible batterie;... Si ce rayon de la divinité nous touchait aucunement... Tout ce qui partirait de nous, on le verrait illuminé de cette noble clarté."

Si seguimos con cuidado los razonamientos de Montaigne en esta "Apología", es fácil deducir que atribuye a los hombres poca fe auténtica y únicamente usos externos y fingimientos de una religión de la que se sirven, ya para encubrir y nutrir sus vicios, ya para acomodarse a la corriente; por ello nos dice:

"Nous sommes chrestiens à mesme titre que nous Périgordins ou Allemands".

Aisladas de su contexto, estas frases han servido, a ciertos comentaristas, de máximas irreligiosas, y con ello aparece de nuevo la dificultad de reducir a un común denominador los innumerables comentarios de Montaigne.

Yo creo que nunca nadie ha provocado, como él, el equívoco en el que se pierde y se enreda el pensamiento humano. Resolver este pensamiento con la pregunta *Que sais-je?* que él mismo califica de fantasía, es, de igual



forma, limitarlo a un estado dubitativo que, si se quiere, no es del todo falso, porque si goza con revelar las eternas contradicciones en las que viven los hombres, también es verdad que tuvo la precaución de considerar que hay, en algún lugar fuera de estas discusiones y glósas, un Dios cuya bondad, paciencia, ciencia y potencia son lo mismo que su esencia. Reconoce que nuestra inteligencia no puede aprehender esta verdad y que

“notre outrecuidance est de faire passer la divinité par notre étamine, ce qui engendre toutes les erreurs et rêveries desquelles le monde se trouve saisi.”

Es indiscutible que la sutileza del pensamiento de Montaigne y esa forma que tiene de hacer que resplandezcan todos sus argumentos, como piedras preciosas a la luz del sol, dan materia sobrada a los pretendidos críticos para querer simplificarla y asimilala completamente. En el fondo de los “Ensayos” hay, por tanto, numerosas doctrinas, con un equilibrio constante, alrededor de las cuales se enredan todas las reflexiones, observaciones e ironías de alguien para quien el pensamiento no era un sacerdocio, sino un juego. De unas y otras nos dice :

“Ce sont tous songes et fanatique folie”

y agrega

“O Dieu, quels abus, quels mécomptes, nous trouverions à notre pauvre science : je suis trompé si elle tient une seule chose droitement en son point ; et m'en partirai d'ici plus ignorant tout autre chose que mon ignorance”.

En ningún otro sitio es más libre, más desprendido de sus manías de creencias fáciles y de afirmaciones perentorias que en las páginas de la “Apología de Raymond Sebond”, en las que trata de la inteligencia de los animales y de las conexiones que con ellos tenemos, así nos dice :

“La présomption est notre maladie naturelle et originelle. La plus calamiteuse et fresle de toutes les créatures c'est l'homme”.



¿Cómo acabar esta visión de Montaigne? Lo difícil, con él, es acabar. Y si hemos reprochado a los críticos de Montaigne de ser, en este punto, divergentes en todos sus razonamientos, es porque cada uno de ellos ha querido aferrarse a una de las teorías de Montaigne. Sin embargo, es nuestra creencia, Montaigne no posee teorías, sino puntos de vista, que van hasta el infinito. Me pregunto si para comprenderlo bien, no haría falta reunir junto a cada uno de los temas que trata, las frases que ese tema le inspiró y establecer un diccionario de sus temas analíticos, del sentido que dio a cada palabra, según el empleo variable que hacía. Se verían, de esta forma, sus constantes y sus contradicciones. Y, aún así, esto sería inoperante, puesto que muchas de sus contradicciones no son más que simples salidas de tono. Montaigne es, ante todo, un hombre que habla; tiene el buen humor del hablador. Es el contexto, la gravedad de tono, el movimiento general de los capítulos, lo que nos hace comprender los momentos en que Montaigne es del todo sincero y aquellos otros en los que tiende a la broma, a la paradoja, a la amargura involuntaria.

Para acabar, agregaremos que toda definición de Montaigne, por poco que sea exacta, llevará consigo la definición, exacta también, de todas las palabras que tenemos por costumbre servirnos y de las que la mayor parte están completamente vaciadas de sentido, por el abuso que se ha hecho de ellas.

Francia no ha tenido un poeta superior a los mejores líricos de otras grandes naciones, ni autor dramático, ni novelista, pero, con Montaigne, sí tiene el más grande de los moralistas. Y es por lo que, sin duda, sean cuales sean las virtudes y el genio de otros muchos escritores, Montaigne permanecerá como el más grande y representativo de todos ellos.

